

FERNANDO CLEMOT

FIUME

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA

SÓLO podía empezar aquí, en un país como este, estridente y excesivo, tan teatral. La guerra había acabado con una victoria tibia, poco concluyente, y el anhelo de venganza había quedado reseco, como una herida sin cerrar. Quedaban cuentas pendientes, latían todavía las ganas de bañarse, nueva y definitivamente, en sangre.

Debía nacer en un país brillante y primario, como otros países latinos, antiguo y endurecido, aplastado por el peso de su propia historia. Un lugar difícil de entender para sus propios habitantes e indescifrable para un extranjero, para alguien educado como yo en una cultura práctica y puritana. Quizá fue por eso que nos deslumbró, por su exceso, por lo furioso y extraño. La mítica de lo nuevo. Sí, fue allí, pero ¿cuándo se rompió todo? ¿Cuándo se cerró la puerta de aquella primera carnicería para abrirse las puertas de la siguiente? Siempre pensé que fue allí, en Fiume, sin dejar tiempo para restañar las heridas, en aquella época confusa y exaltada que, para mi desgracia, me tocó vivir.

No había vuelto a Italia desde entonces y siempre traté de adivinar cuáles iban a ser mis sensaciones al regresar a un escenario por tantas causas maldito. Al llegar, hoy, no ha pasado nada.

No he sentido lo que esperaba. Tal vez esta ciudad horrible y desabrida que es Civitavecchia no es la mejor forma de despertar el recuerdo. Al bajar del barco se levanta frente a

nosotros una zona portuaria caótica y desaseada, con sus dársenas y una aduana en la que los turistas como nosotros hacen una cola llena de maletas y sombreros. A medida que me acerque a los escenarios que conocí recuperaré las emociones que me hizo sentir este lugar, me consolaré o mucho peor, pero al fin algo se sublimará. Habrá un cambio: debería haber un cambio.

Cynthia parece admirada por los dos bastiones que hay frente al puerto. Es el típico baluarte renacentista, el mismo que corona centenares de pueblos y ciudades de este país. En mitad de ese marasmo de grúas y suciedad es lo único que te recuerda que estás en Italia. Ella me señala las almenas. Son las torres Michelangelo, le digo. La parte superior de esa torre fue acabada por el escultor. ¿Miguel Ángel? ¿El de la Capilla Sixtina? Cynthia abre los ojos desmesuradamente y se lo comenta a Laura como si el reborde de aquellas fortalezas rechonchas fuera un monumento trascendente y se quedan cabeceando las dos; hacen un extraño juego con sus sombreros que aletean juntos, muy cerca, y casi se chocan mientras miran hacia la parte superior del edificio. Contemplan con atención como si se pudiese distinguir en aquella pared igualitaria de mortero algún rasgo de la genialidad de Miguel Ángel. Sus dos sombreros, iguales y oscuros, se juntan y de fondo quedan las grúas y el castillo. Hubiera sido una buena foto.

Las observo yo también, quizá con el rostro torcido porque en un instante Laura me reconoce el semblante un poco triste y se acerca hacia mí y me coge del brazo y me pregunta, ¿qué te pasa, papá?, te ha cambiado la cara, y le digo que no ocurre nada, que no me gusta este lugar, que es horrible y la niña me dice que es normal, es un puerto, con su aduana y sus colas, ¿qué esperabas, papá? Ahora Nathan nos dice por dónde tenemos que ir, nos espera un coche del hotel y en

poco más de una hora estaremos en Roma, y se me acerca todavía más Laura y me da un beso en la mejilla y me dice que es la primera vez que estamos en Europa, tenemos mucha ilusión, no nos des el viaje, por favor, papá, no lo hagas, trata de ponerlo fácil, por favor, y, tras apretarse contra mí de nuevo, se aleja de su madre que sigue observando abstraída aquel monumento menor, simple y rollizo, que asoma sobre la dársena.

Nathan ya vuelve a la carrera y nos dice que ha rellenado una parte de los papeles, que pasemos por una taquilla lateral, que allí sólo tendremos que enseñar los pasaportes y podremos pasar, abraza a Laura y le da un beso en la mejilla, dice que ya ha hablado con el conductor italiano, que nos espera al otro lado de la aduana. Hace un gesto cómplice a Laura y entre risas le dice que el conductor italiano es muy bajito y señala una altura delante de su pecho. Tenía razón. El trámite es rápido y los formularios más largos ya los ha rellenado Nathan, que tiene cierta habilidad para solventar cualquier tipo de papeleo. Nathan es un tipo formal, absolutamente anodino, no suele hacer nada que destaque, incluso su trabajo en esa oficina de seguros de Lenox Hill parece adaptado a él, es rápido haciendo cualquier tipo de trámite, sólo eso, hace algún comentario insulso y abraza bien a la niña y ya está, sonrío, tiene tal vez una bonita sonrisa, sólo eso, quizá ya es suficiente. Nathan no es ni de lejos el hombre que soñé para Laura pero sí es mejor que aquel canalla de Adam Ribbs, que llegó en tan mal momento y que tantos quebraderos de cabeza nos dio hasta que pudimos librar-nos de él.

En aquel paso lateral de la aduana apenas hay que hacer cola. Los funcionarios italianos miran someramente nuestro equipaje mientras un policía que hay en una cabina sella los pasaportes. Cynthia y Laura siguen juntas todo el tiempo,

las alas de los sombreros parecen a punto de chocar otra vez, mil veces, pero deduzco que no lo hacen porque la niña es ligeramente más alta que la madre y por eso su sombrero pasa siempre por encima del de Cynthia, *qualcosa da dichiarare, signore Vedder? Porta qualcosa di speciale nel suo bagaglio?*, yo le contesto que no, que no hay nada, y cuando me pregunta en italiano si llevo alguna cantidad significativa de dinero o algún objeto a destacar le vuelvo a responder que no, que sólo lo necesario para el viaje.

Pasamos finalmente la aduana y al otro lado nos espera un hombre pequeño, con un bigote muy corto y un traje que le viene grande, Guido, dice que se llama mientras hace una reverencia y repite varias veces que viene del hotel a buscar nos. El coche está aparcado al otro lado de la valla. Guido no para de moverse. Acomoda el equipaje detrás, es un hombre mínimo, se hace extraño verlo levantar aquellos maletones tan grandes con tanta foga. Se mueve con rapidez, casi se diría que camina dando saltos, como si quisiera ganar algo de empaque y compensar su aspecto frágil con aquel fervor en el gesto. Abre la puerta trasera a Cynthia y Laura y me señala el asiento delantero para que vaya a su lado. El coche es un viejo Fiat 1100 de antes de la guerra, con sus enormes y brillantes guardabarros. Reluce, está bien cuidado. Guido parece un tipo pulcro y debe cuidar su coche. Arranca y durante aquel primer tramo seguimos la Aurelia bordeando el mar, atravesamos Civitavecchia, que es un triste poblachón de casas bajas y ropa tendida en los tejados. Todavía hay algunas casas en ruinas, recuerdo de los bombardeos aliados que se ensañaron con el puerto y casi lo inutilizaron. Guido acelera y entonces el motor ronca con demasiado estrépito. Atrás ellas siguen hablando todo el tiempo, lo comentan todo, una mujer que pasa, una iglesia rural, un establo con unas cabras, no se les escapa nada y, de tanto

en tanto, Nathan balbucea algo que trata de ser ocurrente y ellas ríen de lo que dice, como a un niño tonto al que hay que aplaudirle las gracias. Guido gobierna bien el coche, pero da la sensación de que es un niño pequeño el que está conduciendo, tiene que abrir mucho los brazos para coger el volante y da una impresión extraña, está muy atento pero se diría que su mirada apenas asoma por encima del salpicadero. Salimos de Civitavecchia y sus arrabales y atravesamos ahora una llanura costera tachonada de villorrios banales: Santa Severa, Cerveteri, Palidoro, pasan uno tras otro. En Santa Severa quedan todavía algunas casas derrumbadas. Los aliados bombardearon duro todas estas zonas de costa cercanas a Roma, y Guido comenta que buena parte de las playas siguen cerradas porque los alemanes las dejaron sembradas de minas. A la que voy es la única que creo segura, en Torvaianica, allí pasaron todos los detectores que tenían que pasar, está muy cerca Anzio, ya se puede imaginar. Pese a todo jugando en la playa un par de los chicos del pueblo pisaron una mina y perdieron las piernas. A veces son difíciles de encontrar, tampoco quería asustar a las señoras, y Guido mira hacia atrás pero pronto ve que nadie le entiende, sólo yo pero no tengo ganas de hablar, prefiero seguir mirando, descubrir las mellas de la guerra todavía en una tapia o en una pintada, sorprende también ver carteles del Partido Comunista, alguna pintada apoyando a Togliatti, no sería extraño que el país cayera en la órbita de Moscú, aquí los comunistas tienen poder, eran fuertes antes del Bienio Negro y luego tuvieron que esconderse hasta que llegó el momento de luchar en la resistencia; tienen un partido fuerte pero el tío Sam no lo permitirá, se marcaron demasiado bien las cartas para que algo así pueda suceder. Me impresionan tantas tapias pintadas entre las ruinas. Si tuviera la cámara a mano me gustaría que nos detuviéramos y hacer alguna foto. Atra-

vesamos un túnel. Tras pasar un campo baldío me aprisiona una tristeza intolerable. He recordado el objetivo final de este viaje: la realidad, pese a cómo quieren maquillarlo Laura y su madre. Hubiera sido mejor empezar por lo más duro y dejar las excursiones amables para el final. Visitar primero ese maldito campo cerca de Ferrara que decidimos hacer importante, y luego seguir con el turismo. Así hubiera sido mejor y la sensación de desdicha sería soportable, hubiéramos podido liberarnos antes de ese peso que nos ahoga como un lastre.

Nos alejamos ya de la costa y el paisaje empieza a oler a ciudad. El Fiat de Guido está a pleno rendimiento y adelantamos a algunos carros arrastrados por mulas y muchas bicicletas. Los pinos de la Aurelia, como de la Appia o la Ostiense, anuncian la cercanía a Roma. La ciudad tiene un tipo especial de pino, alto y espigado, que se poda siempre hasta la tercera línea de ramas. Queda así un ejemplar largo, holgado, con una copa que lo remata y que tiene un aspecto breve y redondeado, muy limpio. Un pebetero verde rematando una columna. Este pino no sólo lo encuentras en todas las vías de entrada a la capital, sino que en la ciudad adorna todos los parques y áreas monumentales. Es un pino que puede parecer endeble o enfermo, un tronco surcado de heridas, irregular, llegando muchos de los que quedan aislados a estar torcidos por el viento que llega de poniente y les da ese aspecto desamparado. Los hay caídos, débiles y maltrechos, pero por lo común crece un ejemplar majestuoso como un capitel jónico, con su fuste alargado y esa pequeña veta vegetal del capitel, llena de acantos y de volutas. Lo diferenciado de este tipo de árbol se ha destacado siempre, los deben de podar así desde hace centenares de años, quizá los romanos esquilaban de esta forma voraz también sus árboles, como solían hacerlo con todo. En 1924 uno de los principales com-

positores italianos, Ottorino Respighi, ya retrató estos árboles en una de sus sinfonías, *Pini di Roma*, y allí habló de los pinos de Villa Borghese, de las catacumbas, del Gianicolo y de la via Appia. Los pinos eran dioses y niños jugando, eran sacerdotes y legionarios que desfilaban camino de la colina Capitolina, el corazón de la esencia romana. Escuché una vez aquella sinfonía, años después de que se compusiera, y sentí un escalofrío. Se me erizó el pelo de los brazos. La melodía estaba repleta de flautas, de clarinetes y de trombones. Sonaba solemne y aterradora, como todo lo que pasó en ese tiempo, la masa y el terror, el uso de la multitud para generar el miedo. Respighi no fue un fascista, como no lo fue tampoco Wagner, pero su música daba cobijo a la idea de imperio que se quería transmitir. Brotando de las revueltas de sus fiscornos, tubas y trompetas sonaban las pisadas de los legionarios entrando a la ciudad. Ostentoso y grave, como todos los desfiles que vendrían después reproduciendo aquello, en Fiume, en Roma, en Berlín y en Madrid o Moscú, después. Todo aquel tiempo se copió la misma música, la que ya se había dictado antes, cuando ni siquiera existía aquella sinfonía, ni ninguno de los movimientos de Respighi; era la música que flotaba en el ambiente y que supieron captar unos niños burgueses en Milán y en París, la música de la debacle, la que atronó primero en los campos reventados de Flandes y del Isonzo, que se llevó por delante a Phillip, a Sarah y al comisario Casaleone, allí empezó a sonar la grave melodía que nos tendría que llevar a todos a la ruina y a la derrota.

Atravesamos con el coche algunos barrios que no existían cuando estuve aquí. Cuando llegué, en 1919, a Roma era todavía una ciudad provinciana, con apenas unos cuantos suburbios que rodeaban los barrios históricos. Era entonces una ciudad de apenas medio millón de habitantes, ni de lejos